

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

La Construcción del Patrimonio Intangible: El Caso de la Fiesta de Cuasimodo en la Comuna de Pudahuel.

Víctor Zúñiga Pérez, Liliana Gutiérrez Mansilla y Sebastián Köenig Besa.

Cita:

Víctor Zúñiga Pérez, Liliana Gutiérrez Mansilla y Sebastián Köenig Besa (2007). *La Construcción del Patrimonio Intangible: El Caso de la Fiesta de Cuasimodo en la Comuna de Pudahuel*. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/172>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/hAT>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La Construcción del Patrimonio Intangible: El Caso de la Fiesta de Cuasimodo en la Comuna de Pudahuel

Constructing Intangible Heritage: The Festivity of Cuasimodo in Pudahuel

Víctor Zúñiga Pérez*, Liliana Gutiérrez Mansilla** y Sebastián Köenig Besa***

Resumen

El siguiente trabajo aborda la festividad religiosa de Cuasimodo realizada en la comuna de Pudahuel como una posible expresión de patrimonio intangible de carácter local. A través de esta celebración se analizan conceptos asociados a la construcción del patrimonio y se aventuran algunas hipótesis respecto al futuro de la celebración en diferentes escenarios.

Palabras Claves: patrimonio intangible, fiesta de Cuasimodo, identidad, memoria.

Abstract

The next work it is about the religious festivity of Cuasimodo realized in Pudahuel as a possible expression of local intangible heritage. Through this celebration will be analyzed concepts related with the heritage construction and some hypothesis are suggested about the future of the celebration in different contexts.

Keywords: intangible heritage, festivity of Cuasimodo, identity, memory.

Cuasimodo es una fiesta familiar, popular y tradicional. Es como la mezcla perfecta.

Estrella Plaza, Cuasimodista de Pudahuel

1.- Introducción

En el repertorio cultural de una comunidad existen diferentes manifestaciones a través de las cuales las personas reproducen su historia y reafirman la pertenencia a un determinado espacio y tradición. ¿Cómo se establece una jerarquía entre las experiencias de un grupo? ¿Cómo se seleccionan aquellas cuyo significa-

do será extrapolado al resto del conjunto social? ¿Qué actores intervienen en la formación del denominado patrimonio cultural? ¿Qué sucede con el patrimonio intangible en una comuna inserta en la ciudad de Santiago?

Intentaremos responder a dichas interrogantes a través de la presente ponencia, fundamentada en el trabajo que hemos realizado en la comuna de Pudahuel a partir de un referente específico: la fiesta religiosa de Cuasimodo. Explicaremos como una celebración de origen rural subsiste en un entorno urbano, animada por una parte, por los propios participantes –los cuasimodistas- y, por otra, con la ayuda de actores asociados, como el Municipio y la Iglesia Católica -representada en el ámbito local por la parroquia San Luís Beltrán-. Cada uno de ellos posee una perspectiva diferente de la festividad y, por ende, distintas razones para estimular su reproducción.

Nos interesa destacar, principalmente, el proceso mediante el cual una festividad que tiene más de cien años de antigüedad intenta convertirse en patrimonio considerando, por ejemplo, la reciente inclusión en el listado de Monumentos Nacionales en la categoría de Monumentos Históricos en el año 2006. Pese a que la declaración apuntaba al aspecto físico de la fiesta -se reconocieron seis objetos representativos de ella-, indirectamente se pone en valor la expresión de religiosidad, como una dimensión del patrimonio material.

Esclarecer las razones de la puesta en valor de algunas expresiones culturales ayudará a comprender cómo se construye el patrimonio cultural dependiendo de las dinámicas y presiones de los diferentes actores que intervienen en la gestión patrimonial.

* Ilustre Municipalidad de Pudahuel. Avenida San Pablo 8444. (viczunigaster@gmail.com)

** Ilustre Municipalidad de Pudahuel. Avenida San Pablo 8444. (liliana.gutierrezm@gmail.com)

*** Ilustre Municipalidad de Pudahuel. Avenida San Pablo 8444. (gregoriokoeningbesa@yahoo.com)

La ponencia se inicia con una descripción de la comuna y de la fiesta de Cuasimodo en Pudahuel, continuando con un análisis de los conceptos teóricos que utilizamos para mirar e intentar comprender la celebración: patrimonio, memoria, identidad y fiesta. Luego profundizaremos el examen de la experiencia en Pudahuel, a partir de los conceptos enunciados y sobre el rol asumido de los principales actores de la celebración: cuasimodistas, municipio e iglesia. Concluimos la ponencia, con nuestras hipótesis respecto del futuro de la fiesta religiosa de Cuasimodo.

2.- Presentación de la comuna

a) Una aldea llamada Barrancas:

El origen rural de Pudahuel

Tal vez resulta difícil imaginar el origen rural de una comuna urbana como Pudahuel, que cuenta actualmente con casi de 200 mil habitantes. El historiador Luís Alberto Romero describe la formación de la aldea alrededor de los caminos de San Pablo y Carrascal por la década de 1870:

«Las pequeñas chacras o quintas albergaban una población densa, y en ese camino, o en el vecino del Resbalón, era común encontrar, junto con aldeas rurales tradicionales, como la de Pudahuel, caseríos rurales, como el Blanqueado, o nuevos rancheríos alrededor de una parroquia, como la de San Luís Beltrán, en los que la paja y el adobe se mezclaban con la chapa de lata.» (Romero, 1997:36)

Las Barrancas no surge de un acto de fundación sino, más bien, de una serie de acontecimientos que estimularon la llegada de familias al sector poniente de la antigua alameda de Matucana. Uno de los incentivos fue la instalación, en 1868, de la parroquia San Luís Beltrán. La compra de sitios alrededor se explica, quizás, por los servicios religiosos y la protección que la parroquia podía ofrecer a la naciente comunidad. Otro impulso fue el mejoramiento del antiguo camino a Valparaíso, actual calle San Pablo, convirtiéndose paulatinamente en un lugar de paso obligado para viajeros, comerciantes, agricultores, inquilinos, funcionarios públicos, etc. El aumento del tránsito comercial y de pasajeros por dicha avenida, posibilita el establecimiento de familias en las cercanías.

Así, la comuna de Barrancas se funda el 25 de febrero de 1897. Un diccionario geográfico de la época la des-

cribe de la siguiente manera: «Aldea del departamento de Santiago situada a ocho o nueve kilómetros hacia el oeste de su capital y por la inmediatez del paraje del Resbalón. Contiene una iglesia que es de la parroquia San Luís Beltrán, instituida el 13 de enero de 1868, oficina de registro civil y pocos habitantes. Deja próximo al sur el caserío de Espejo» (Astaburuaga, 1899:245)

Lejano a una visión idílica del mundo rural, el quehacer diario de los habitantes de Las Barrancas estaba sumido en la precariedad. Los ranchos —de paja, madera y adobe— eran el cobijo de familias que sufrían el azote de enfermedades que, en la mayoría de los casos, sólo encontraban alivio en rezos y plegarias.

La religiosidad popular tenía gran impacto en la vida social del campesinado; en ella lo sagrado y lo profano se mezclaban:

Las festividades religiosas: patronales, novenas, fiestas de cuasimodo y misiones; los acontecimientos familiares: bautizos, velorios y matrimonios; y las faenas agrícolas como el rodeo, la trilla, la deshoja del maíz y la vendimia, eran las ocasiones de reunión y celebración, que marcaban el calendario del mundo rural. (Pereira, 1992: 268)

Las duras condiciones laborales, las relaciones de autoridad y la influencia de la religión católica, conformaban un panorama que por décadas caracterizó al mundo del valle central del país.

En ese entorno nació la festividad de Cuasimodo, en medio de las actividades propias del campo, reproducida por hombres y mujeres cuya religiosidad giraba en torno a la figura del sacerdote, la importancia de los sacramentos, las procesiones y novenas organizadas en cada misión que llegaba a los villorrios y caseríos rurales.

Sin embargo, con el paso del tiempo el escenario se transformó. La sostenida urbanización transformó las antiguas zonas rurales modificando el límite entre la ciudad y el campo, dejando, en muchos casos, tan sólo el recuerdo de una vida rural. La progresiva construcción de viviendas y caminos absorbió varios de los terrenos dedicados a las labores agrícolas transformando el paisaje campesino en un sector más del extenso Santiago.

Pero el avance de la metrópoli no sólo produjo cambios en la apariencia de la antigua Barrancas. También caló hondo en la cultura local. Lentamente, los barranquinos abandonaron el estilo de vida campestre para adaptarse a uno más ciudadano que los envolvió,

entre otras cosas, en un fuerte proceso de secularización¹. Sin embargo, la filiación rural nunca se abandonó del todo, sobreviviendo a través de tradiciones como la fiesta de Cuasimodo.

El 13 de octubre 1975 mediante Decreto Ley N° 1208 Barrancas cambia de nombre y pasa a denominarse Pudahuel siendo dividido el territorio original en tres comunas: Lo Prado, Cerro Navia y Pudahuel. El Censo de 2002 indica que la población total es de 195.653 habitantes, de los cuales 3.395 viven en la zona rural. La comuna se localiza en el sector poniente de la Región Metropolitana, a lo largo del eje de la ruta 68 (carretera a Valparaíso), con una superficie de 197,5 kilómetros cuadrados -sólo 13 de ellos correspondientes a zona urbana- lo que la convierte en una de las más extensas de la Provincia de Santiago.

b) La fiesta de Cuasimodo

El domingo de Cuasimodo corresponde al día en que el sacerdote sale de la parroquia para llevar la comunión a las personas que por razones de salud no pueden acudir a la Iglesia. La génesis de la festividad se encuentra en las resoluciones tomadas en el Concilio de Trento, llevado cabo en España entre 1545 y 1536, donde se estableció la obligación de comulgar al menos una vez al año. De esta forma, si un católico comulga una vez al año debe hacerlo el domingo de Resurrección. Ahora bien, cuando las condiciones de salud impiden a una persona asistir a la Iglesia y cumplir con el sacramento, el sacerdote se traslada hasta el hogar llevando las hostias consagradas que encarnan el cuerpo de Cristo.

Como una forma de protección ante eventuales bandidos, el religioso se hizo acompañar de un grupo de escoltas que en el campo chileno, correspondieron a los huasos. Así nació la tradición de ir junto al sacerdote en el recorrido hacia los hogares de los enfermos quienes esperaban al religioso marcando las casas con banderas blancas y altares.

Los primeros relatos de la festividad los entrega el escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento en un artículo publicado en el diario «El Mercurio» de Valparaíso en 1842. Al respecto señala: «En un pago inmediato llamado Renca, se reúne el paisanaje a caballo en la placeta inmediata a la iglesia en día de cuasimodo en que se acostumbra llevar en gran ceremonia el viático a los enfermos». (Sarmiento, [1842]1961: 74)

En el caso de la comuna de Pudahuel, los inicios de la fiesta aparecen ligados a la fundación de la parroquia

San Luís Beltrán en 1868. Juan Guillermo Prado propone como fecha tentativa 1875 (Prado, 1994:34), es decir, es una fiesta centenaria cuyo origen se encuentra en un contexto netamente rural, como el Pudahuel de aquellos años.

Un reportaje aparecido en la revista Zig-Zag en 1932 hace una descripción de la festividad en Las Barrancas. El reportaje señala que el primer domingo después de Semana Santa, sale el párroco en una carroza a llevar la comunión a los enfermos de la comuna. Lo escoltan huasos a caballo y jinetes que visten llamativos pañuelos en la cabeza, reemplazando al sombrero por respeto ante el cuerpo de Cristo y una esclavina con colores claros -blanco, amarillo y celeste- con incrustaciones vistosas. La campana anuncia la llegada del Santísimo y los estandartes de las cofradías abren el paso a los cuasimodistas.

La fiesta en la actualidad muestra algunos cambios. Los cuasimodistas, los caballos y las multicolores carretas, continúan como protagonistas de la corrida, aunque hoy el trote de los animales golpee contra el pavimento. Aumentó el número de bicicletas y vehículos motorizados, llegando a ser parte importante de la caravana. Hay menos altares y no se «encarpan» los caballos². Sin embargo, los vecinos continúan reuniéndose al paso de columna por las calles de la comuna de Pudahuel.

3.- El marco teórico del patrimonio

El patrimonio cultural -sea de naturaleza tangible o intangible- no está ajeno a las redes de poder en que las personas se encuentran inmersas y su conformación misma depende de ella. Como señala el antropólogo brasileño Antonio Arantes, es necesario «diferenciar dos dimensiones en torno a la preservación de bienes representativos: la memoria de los grupos sociales que se constituyen en la vida cotidiana y la constitución de algo que pretende ser patrimonio común.» (Cit. en Benedetti, 2004:22) En estos dos ámbitos, Arantes ubica a los principales actores que intervienen en la dialéctica por construir el patrimonio. Por un lado, estarían los grupos de personas mostrando y reproduciendo aquello valioso para ellos, y en otro lado, se ubicarían los organismos que gozan de la institucionalidad para seleccionar y difundir aquello considerado, finalmente, patrimonio.

El autor brasileño sostiene que la construcción del patrimonio es un proceso a través del cual se retiran de la

cotidianeidad los objetos y/o manifestaciones seleccionadas pasando a formar parte de un orden oficial, de una cultura institucionalizada transformándose en un discurso estándar respecto a la memoria y la identidad.

a) En torno al concepto de patrimonio

El concepto de patrimonio cultural se ha ido construyendo en el tiempo y aún está en proceso de definición, en la medida que nuevas formas del quehacer humano, deban ser consideradas bienes patrimoniales y, por extensión, investigadas, protegidas y difundidas. Cronológicamente, una de las primeras discusiones en torno al tema se produjo ante los estragos causados por la Primera Guerra Mundial en obras de arte y construcciones antiguas. Sin embargo, no se realizaron acciones concretas al respecto hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando estas inquietudes se materializaron en la Convención para la Protección de Bienes Culturales en Caso de Conflicto Armado, aprobada en La Haya en 1954. Sin mayor discusión teórica, se buscaba salvaguardar de la destrucción total objetos y monumentos considerados valiosos, principalmente, desde una perspectiva estética. Pese a que no se hablaba aún de patrimonio sino de «bienes culturales» se instala, a partir de ese momento, la preocupación respecto a los legados de las diferentes culturas y las formas de protegerlos y conservarlos. En 1972, la «Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural» establece el concepto de patrimonio y el término se instala con mayor frecuencia en los debates de especialistas.

La principal característica del proceso descrito, ha sido la amplitud del concepto de patrimonio. Inicialmente, la noción estaba muy ligada al mundo de las artes, haciendo alusión a las grandes obras, ya sea de naturaleza pictórica, arquitectónica, etc., todas las cuales destacaban el carácter único y especial de las obras. La condición de exclusividad situó a los bienes potencialmente patrimoniales en manos de la clase alta de cada sociedad, reforzando una visión elitista del patrimonio. Como los sectores acomodados podían solventar la adquisición de productos novedosos, con mucha facilidad el patrimonio, se vincula a los sectores con mayores recursos económicos. Asimismo, en este punto, la labor de los profesionales se orientaba a la restauración y la conservación. «La visión predominante se centraba en la noción de acervo, que separaba el patrimonio de los conflictos de clases y grupos sociales» (Benedetti, 2004:15)

Una nueva etapa en las investigaciones relativas al patrimonio cultural se inicia con la incorporación de nuevas miradas provenientes de disciplinas como la historia, la sociología y la antropología. Profundizado en el carácter de construcción que posee el patrimonio, en los diferentes juegos de significado y sentido, la mirada cambia y desplaza «el foco del análisis desde los procedimientos técnicos centrados en criterios de identificación y procedimientos de conservación hacia los procesos de construcción de sentido a partir de la apropiación del patrimonio por parte de los diversos segmentos sociales». (Rotman, 2004:22)

Al hacer énfasis en el proceso de construcción, se aborda el patrimonio cultural como un discurso plagado de referentes y significados elaborados por los propios sujetos, dependiendo de la posición que ocupen en el orden social. Es decir se «concibe al patrimonio como práctica social constitutiva, ubicando al fenómeno en la dinámica social de producción y reproducción de significados». (Rotman, 2004:22)

El patrimonio cultural ya no sólo se refiere a incorporar nuevas miradas disciplinarias en la investigación, protección y difusión sino que involucra también a las propias comunidades, a las personas y a los diferentes actores que emergen al momento de construir el patrimonio. Comienza entonces la valoración de otros sectores de la sociedad, aquellos considerados hasta el momento sin importancia y que no merecían ser registrados ni menos preservados.

b) Nuevas miradas sobre la cultura:

El surgimiento del patrimonio intangible

La emergencia de las personas, de las comunidades y de diversos sectores de la sociedad como interlocutores válidos al momento de hablar de patrimonio es un hecho que trasciende la mera incorporación de voces al debate o a la selección de los «bienes patrimoniales». Significa fijar la mirada en nuevas formas de patrimonio, precisamente en aquellas que residen en el seno de la colectividad, las expresiones vivas de la cultura. Irrumpe entonces el denominado patrimonio «inmaterial» o «intangible», las manifestaciones del quehacer humano que no cuentan, necesariamente, con un soporte material pero que, sin embargo, pueden ser percibidas a través de los sentidos.

Un gran impulso a las investigaciones en torno al patrimonio intangible surge con la UNESCO en el año 2003 al aprobar la «Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial». Este hecho es resultado

de una serie de reflexiones en torno a esa dimensión de la cultura, ausente en la discusión de las políticas patrimoniales. En el mencionado documento se entiende por patrimonio cultural inmaterial

los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana. (UNESCO, 2003:2)

Por lo tanto, si en un primer momento el concepto de patrimonio cultural se vio encerrado en una determinada clase social, el próximo desafío fue, por lo tanto, liberarlo de otra característica limitante: la materialidad. Desde las grandes construcciones de la antigüedad hasta los artefactos de culturas precolombinas se ha reconocido el valor de las expresiones físicas de la cultura obviando, en muchas ocasiones, el proceso escondido tras esa manifestación. Una nueva perspectiva utilizada para analizar la cultura en general y el patrimonio en particular señala que «desde un punto de vista interno a la cultura y a la experiencia social, producto y proceso son indisolubles. Las cosas hechas contienen el testimonio del modo de hacer y el saber hacer. Ellas abrigan también los sentimientos, recuerdos y sentidos que se forman en las relaciones humanas». (Arantes, 2004: 12) Por lo tanto, hacer una distinción tajante entre lo observado y los conocimientos que dieron origen sólo puede tener sentido para aquellos no pertenecientes al grupo social en cuyo seno se gestó la expresión cultural en cuestión.

Tal como lo señala la definición entregada por UNESCO, los conocimientos y/o expresiones que conforman el patrimonio intangible están indisolublemente relacionados con técnicas y objetos. Se desprende, por lo tanto, que la mayoría del patrimonio no es completamente de naturaleza intangible sino que, por el contrario, cuenta con un soporte físico y el objetivo sería, por tanto, aprehender la cultura como un todo y no fragmentarla artificialmente.

Así, se agrega una nueva dimensión de la cultura ya no sólo para ser investigada sino también para ser pro-

tegida y difundida. Luego surgirían una serie de preguntas respecto a cómo se elaborarían las políticas culturales respecto al patrimonio intangible y, especialmente, al incorporar a un nuevo actor: las comunidades, los individuos, aquellas personas que reproducían las tradiciones que ahora se buscaba preservar. Lo anterior constituye un desafío en la medida que se trata de un patrimonio activo y, por lo tanto, el trabajo debe conservar su dinamismo característico.

Estas inquietudes se enmarcan en un contexto complejo; el mundo globalizado, un escenario donde las fronteras culturales se vuelven difusas y permeables, alcanzando a los procesos identitarios y a las personas que los sustentan, volviéndolos inestables. Arantes sostiene que «para comprender la construcción del patrimonio en cuanto a práctica social, importarán no los resultados cristalizados en los objetos y calendarios festivos y su conservación, no la conservación de los usos y costumbres sino la dinamización de las condiciones sociales e históricas de su reproducción». (Arantes, 2004:12)

Igualmente, el antropólogo brasileño asevera que el patrimonio cultural –en especial el de naturaleza intangible– requiere de un entorno propicio para su reproducción que no significa sólo garantizar la continuidad en el tiempo sino adaptarlo a las condiciones actuales, básicamente, al creciente mercado de la cultura,

La circulación y el consumo de bienes culturales se encuentran entre los principales ingredientes de los cambios que ocurren en los estilos de vida y en la formación de fronteras simbólicas en todo el planeta. Pero es siempre útil insistir en que lejos de sólo crear homogeneidad, el mercado global estimula la generación y circulación de todo tipo de recursos capaces de producir sentidos de lugar y de diferencia (Arantes, 2004:7-8)

De las palabras de Arantes es interesante destacar las ideas relacionadas con los «sentidos de lugar y de diferencia» ya que apuntan a la relación que tiene el patrimonio con otros conceptos claves como el de identidad y memoria, instalados en el seno de la vida social.

c) Identidad, memoria y patrimonio

Al hablar de la identidad de un grupo, recurrimos a los aspectos que lo caracterizan en relación a un conjunto mayor. No obstante, siempre es necesario apelar al pasado para entender los procesos que dieron forma al presente, los mismos que convertidos en tradiciones, historias o leyendas sustentan la identidad cultu-

ral de las personas, como señala el antropólogo Rafael Pérez-Taylor «La cultura es el marcador privilegiado que enuncia, la capacidad que tienen las sociedades para buscar en la memoria colectiva los principios de identidad». (Pérez-Taylor, 2006:149)

El origen etimológico de la palabra identidad hace alusión a las «características por las que se puede reconocer a un individuo» pero relacionándola, al mismo tiempo, con la idea de igualdad (Gómez de Silva, 2004). Se desprende, entonces, que la construcción de la identidad se articula sobre la dicotomía diferencia/igualdad; diferencia que caracteriza a un individuo e igualdad que le otorga pertenencia a un grupo, «la identificación es el principio que genera la búsqueda de elementos comunes que propician, el espacio de comunidad, de una territorialización que encuentra en el símbolo la unicidad de la vida social» (Pérez-Taylor, 2006:149).

En cierto sentido, la identidad presenta una ambivalencia que también posee el patrimonio. Es un discurso, una construcción que oscila entre lo que ciertos actores dicen que debe ser y la experiencia concreta de las personas en su cotidianidad. El sociólogo Jorge Larraín señala que «Algunos pueden dar cuenta de ella (la identidad) de manera minuciosamente discursiva, otros simplemente la viven» (Larraín, 2003:68). Es decir, existe una identidad subjetiva que se reproduce de forma «inconsciente» en la vida social y que alcanzaría un estatus «oficial» cuando es identificada, analizada y presentada como la «forma de ser» del grupo en cuestión.

La identidad posee varios niveles; existiendo una identidad regional, nacional, local, etc., y un grupo o individuo puede pertenecer a varios en forma simultánea ya que éstos se sobreponen y confluyen en los diferentes discursos. En virtud de su naturaleza simbólica la identidad está íntimamente relacionada con el concepto de patrimonio, «Igualmente, se debe recalcar que el patrimonio, en la medida que pretende representar una identidad, constituye un campo de confrontación simbólica inevitable, tanto entre las distintas versiones concurrentes, como en el ámbito de las confrontaciones externas, simbólicas y físicas, entre grupos sociales» (Prats: 2004: 38)

Si la identidad corresponde a lo que las personas «son», en la memoria encontramos «como» llegaron a ser. Ambas nociones pueden construirse tanto en forma individual como colectiva. Es decir, pueden ser abordadas tanto desde la subjetividad como desde la experiencia de la sociedad entera.

Como la identidad, la memoria también se edifica sobre una dicotomía: el continuo ejercicio de recordar y olvidar. No todos los eventos del pasado son conservados en forma eterna ya que los procesos de construcción de la memoria actúan de manera selectiva, escogiendo entre aquellos sucesos y experiencias que dejaron una huella profunda en la vida de los individuos y funcionan como referentes educativos para el presente y el futuro.

¿Cómo se relaciona la memoria con el patrimonio? Puede sostenerse que la memoria se concreta y hace visible en el patrimonio, ya sea en forma material o inmaterial. A través de los bienes patrimoniales la sociedad activa los episodios históricos que considera importantes, incluso aquellos que no pueden recordar de manera directa, por ejemplo, los monumentos en honor a las batallas independentistas.

Es necesario hacer una distinción entre los diferentes procesos de construcción de memoria atendiendo, especialmente, al episodio que es objeto de reflexión. Es decir, existen hechos en la historia de las personas cuya evocación u olvido resultan muy complejos en la medida que los diferentes discursos en torno a él corresponden a distintas ideologías con implicancias políticas, económicas y/o sociales.

d) Patrimonio y fiesta

Hoy es posible reconocer distintas miradas sobre el fenómeno de la fiesta. Disciplinas como la historia, la antropología y la teología, dedican esfuerzos para desentrañar que sucede en el ser que festeja, en la comunidad que celebra, en la autoridad que regula y norma. En el prólogo del libro «La fiesta. Una historia cultural desde la antigüedad hasta nuestros días» (1993), el autor comenta,

Sin embargo, el hombre que festeja ¿existe como individuo? El ser individual que pasa el día de su cumpleaños en solitario con una botella, ¿está celebrando una fiesta? En la fiesta, el individuo pierde una porción de su autonomía, que solo podrá encontrar en la comunidad, y esta comunidad cede su posición social a favor de la igualdad del festejo común, como ocurría en las Saturnales Romanas. (Schultz: 1993:13)

Individuo y comunidad, se entremezclan en una fiesta, fronteras que en la vida cotidiana están marcadas, en una fiesta, comienzan a diluirse. En la actualidad, se combinan fiestas religiosas, civiles, familiares, distribuidas durante los 365 días del año, estableciendo un com-

plejo sistema de festividades. Para la antropología y los antropólogos, la fiesta en versión religiosa o cívica, es una posibilidad privilegiada para el estudio de la cultura y de la sociedad que da origen dichas celebraciones y permitirá, en nuestro caso, un acercamiento al fenómeno cultural y religioso que cada domingo siguiente a la Pascua de Resurrección irrumpe en algunas comunas del Gran Santiago.

Hay una estrecha relación entre fiesta y religión, expresándose de múltiples formas, como el paso de una estación del año a otra, celebradas con fiestas y ceremonias religiosas que buscan la protección y abundancia en las cosechas.

La fiesta es una de las ocasiones privilegiadas, aunque no la única, en la que se expresa más claramente la religión y otros tantos aspectos de la cultura. A través de la fiesta, observada atentamente, puede aprehenderse cómo se organiza una sociedad: bases económicas, clases, grupos, movilidad social, asociaciones, individualismo, familia, valores, creencias, sin olvidar la arquitectura de la fiesta a través de las plazas, calles, casetas, etc.; todo ello de forma ritualizada y a través de elementos simbólicos. (Rodríguez, 1999: 2)

También, desde el punto de vista de los practicantes de una religión, la fiesta religiosa, es el momento más propicio para el encuentro con lo sobrenatural. Octavio Paz lo pronuncia bellamente en el ensayo «El Laberinto de la Soledad» respecto del pueblo mexicano

En esas ceremonias -nacionales, locales, gremiales o familiares- el mexicano se abre al exterior. Todas ellas le dan ocasión de revelarse y dialogar con la divinidad, la patria, los amigos o los parientes. Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola al aire. Descarga su alma. (Paz, 1999: 53)

Sin lugar a dudas, la fiesta religiosa, ha concentrado el interés de investigadores y teóricos sobre la fiesta. Las fiestas religiosas del mundo campesino, indígena y de los mal llamados «pueblos primitivos» convocaron los primeros estudios etnográficos, considerando además, que dichos «mundos» fueron por mucho tiempo, los exclusivos lugares de trabajo para la antropología. Uno de los aspectos más destacados y visibles de la llamada religiosidad popular lo constituyen las fiestas religiosas. Las distintas investigaciones realizadas en América Latina y en nuestro país, dan cuenta de las multitudinarias celebraciones religiosas. Detrás de la

imagen de un santo o de la Virgen, miles de personas expresan un tipo particular de religiosidad, una práctica comunitaria que a través de peregrinaciones, procesiones, bailes y cantos, han sido por mucho tiempo, la punta de lanza de un conjunto de creencia y ritos que se resisten a desaparecer.

Si recordamos las perspectivas teóricas evolucionista, funcionalista y simbólica, nacen preguntas respecto de la fiesta religiosa: ¿la fiesta religiosa es una «supervivencia» en la actual sociedad contemporánea? ¿Qué función cumple hoy? y respecto de la fiesta religiosa ¿genera su propio sistema simbólico? Hemos señalado que la fiesta es un acontecimiento social privilegiado para la observación, análisis e interpretación de las distintas prácticas culturales de una sociedad, más aún, cuando acompaña al individuo «Del nacimiento a la muerte, la fiesta traza la perspectiva que apunta al futuro y al pasado.» (Schultz, 1993: 12)

El concepto propuesto por Taylor de «supervivencia»,³ surge con fuerza para relacionarlo con las fiestas religiosas. Por largo tiempo, algunas manifestaciones fueron consideradas como resabios de épocas pasadas, prácticas huérfanas de sociedades más religiosas que deben acostumbrarse a convivir en sociedades menos religiosas. Entonces, las fiestas religiosas no son prácticas exóticas de tiempos remotos o folclore del pasado sino más bien eventos de larga duración en el tiempo, que al llegar a la ciudad, se transforman en «verdaderos procesos de creación cultural» (Sevilla y Portal: 2005:356)

e) El lugar de la fiesta en las sociedades urbanas contemporáneas

Resulta complejo definir la fiesta. Distintas líneas teóricas y autores intentan delimitar el concepto. Sin embargo, hay una tendencia que circunscribe la fiesta al ámbito religioso que indica «La fiesta desde sus orígenes hasta hoy, ha estado ligada a lo sagrado. La dimensión trascendente del hombre se ha expresado en ella como un interludio y como un enaltecimiento de lo cotidiano.» (Cruz de Amenábar: 1996: 412) Empero, con los cambios sufridos en las sociedades modernas y en las grandes urbes, donde cada día de la semana encontramos festivales, conmemoraciones, eventos, ferias, etc., y que tienen un carácter festivo, asoma la interrogante si todas las manifestaciones deben recibir el nombre de fiestas. La antropóloga mexicana Amparo Sevilla se pregunta, «¿Tiene la fiesta una tendencia a convertirse en un mero producto de consumo, en un

espectáculo banal?, ¿Qué es lo realmente lo festivo en la sociedad contemporánea?» (Sevilla y Portal: 2005: 349)

Algunos autores vaticinaron la muerte de la religión, las tradiciones, el rito, las fiestas religiosas, etc, y el triunfo absoluto del progreso, la razón y la técnica. Un mundo, donde la dimensión festiva desaparecería o relegada a las comunidades del mundo rural. Nada de eso sucedió y en la actualidad, la sobreoferta de eventos o manifestaciones, que apuntan al regocijo social, el mayor tiempo de ocio y la llegada de los medios de comunicación a todo el orbe, producen una sensación de revitalización de la fiesta. Sin embargo, no todo acontecimiento social puede ser entendido como festivo y es necesario recordar que la fiesta es una manifestación sociocultural compleja. «La fiesta, una intensificación de la vida en un lapso corto de tiempo, requiere caracterizarse con una señal que supere el tiempo, pues de lo contrario perdería su rango de marca cronológica decisiva y símbolo de épocas.» (Schultz, 1993: 14)

A los planteamientos generales sobre la fiesta, intentando delimitar el significado y el gran alcance de los estudios acerca de la fiesta religiosa, agregamos las observaciones cuando la fiesta religiosa llega a la ciudad. El mundo urbano, como lo conocemos en la actualidad, recientemente es incorporado como objeto de estudio de la antropología. Por esa razón, surge la inquietud si los métodos y conceptos utilizados por la antropología, servirán para entender la fiesta religiosa urbana.

La vida urbana parecería no dejar lugar a las fiestas religiosas, sin embargo, en los países de origen católico, el calendario anual incorpora un conjunto de celebraciones religiosas: Cuaresma, Semana Santa, Día de todos los Santos, Navidad, etc. En las periferias de las grandes ciudades latinoamericanas, todavía es posible encontrar además fiestas patronales, dedicadas a conmemorar algún santo.

La expansión de las ciudades hacia territorios agrícolas y la inmigración, por parte de campesinos e indígenas trae consigo un conjunto de tradiciones, creencias, valores y también, fiestas. Herencias indígenas y campesinas, se mezclan para poblar los distintos espacios del mundo urbano. La investigación y reflexión sobre la religiosidad en el mundo urbano apremia, y por lo tanto, hay interés por conocer la voz de los peregrinos, del practicante, del hombre y mujer urbano, que en forma colectiva o individual, vive también una espiritualidad. En suma, las fiestas religiosas urbanas, originan la discusión si las expresiones culturales apoyadas en una

raíz campesina o agraria, son expresiones de una cultura urbana o expresiones campesinas en la ciudad. Y la fiesta de Cuasimodo, será un terreno adecuado para responder dicha interrogante.

4.- La experiencia de la fiesta de Cuasimodo en Pudahuel: Construyendo un patrimonio intangible

a) Antecedentes preliminares

Pese a los inconvenientes, la fiesta de Cuasimodo se mantiene y creemos que si existiera una institucionalidad orientada al patrimonio intangible en nuestro país, sería uno de los candidatos con más condiciones para acceder a la categoría de «patrimonio intangible de Chile». Esta opinión la fundamentamos al ubicar los conceptos que hasta el momento hemos enunciado (identidad, memoria, patrimonio y fiesta religiosa) en el contexto preciso de nuestro trabajo, es decir, en la festividad religiosa de Cuasimodo celebrada en Pudahuel. Cada noción o concepto se vincula estrechamente con la celebración, adquiriendo dimensiones que refuerzan la idea de estar en medio de un proceso de construcción del patrimonio. La identidad local y la memoria colectiva, se entrelazan en la fiesta de Cuasimodo para transformar un «patrimonio» de la comunidad local en un posible patrimonio nacional.

Quizás, los actores involucrados actualmente no tengan la expectativa de convertir la fiesta en un bien patrimonial, no obstante, los principales actores que intervienen están realizando acciones en esa dirección. Por un lado, están los grupos de personas mostrando y reproduciendo aquello valioso para ellos (en este caso los cuasimodistas), y en otro lado, se encuentran los organismos (ministerio de educación, de la cultura⁴ y la municipalidad) que gozan de la institucionalidad para seleccionar y difundir aquello considerado, finalmente, patrimonio.

Arantes señala la importancia del mercado en la generación y circulación de los bienes culturales. Sin embargo, aún la fiesta de Cuasimodo se mantiene un tanto alejada de aquel «mercado global». Los turistas no descubren la fiesta y los comerciantes solo ocupan un lugar marginal en la celebración. Es cuestión de tiempo, para que los cuasimodistas se enfrenten al dilema de confrontar más crudamente la fiesta religiosa con los mecanismos del mercado.

En suma, para describir el incipiente proceso de patrimonialización⁵ queremos identificar tres actores que nos parecen relevantes en la celebración de Cuasimodo: la parroquia San Luís Beltrán, los cuasimodistas (Agrupados en la Asociación de Cuasimodistas de Pudahuel) y la Municipalidad. Las «tres voces» se relacionan con la festividad de manera diferente y tienen expectativas distintas con respecto a ella.

b) Parroquia San Luís Beltrán

En el contexto de la celebración, la parroquia San Luís Beltrán representa la perspectiva de la Iglesia Católica «oficial» a través de los párrocos y la comunidad eclesial. En términos generales, la Iglesia ha mirado con buenos ojos la celebración de la fiesta de Cuasimodo, destacando el hermoso espectáculo visual que despliega y el alto nivel de adhesión, pero también señalando la importancia de aumentar y expandir aún más la tarea pastoral sobre los cuasimodistas. En el templo Votivo de Maipú, existe desde 1976 un servicio de pastoral popular que acoge a las diversas expresiones de religiosidad popular, entre ellas, a la Asociación Nacional de Cuasimodistas.

En el año 2003, el párroco de la iglesia San Luis Beltrán, designó a un ministro de comunión -un laico consagrado- para la formación religiosa de los cuasimodistas y también formalizó la pastoral de Cuasimodo⁶. En una comunidad parroquial cercana a las 70.000 personas, la fiesta de Cuasimodo se convierte en una oportunidad para evangelizar y, sobre todo, en un territorio que parecía perdido por los católicos: la calle. La ocupación de los espacios públicos al momento de desarrollar la festividad emplaza a los fieles católicos en un espacio considerado propio de otros credos, como la Iglesia Evangélica.

c) Cuasimodistas

La organización de los Cuasimodistas se denomina «Asociación de Cuasimodistas de Pudahuel» con personalidad jurídica propia y con un carácter funcional. A partir del año 1997 pueden tener una directiva de ocho miembros que figuran como responsables frente al municipio y para todos los efectos legales como «representantes» oficiales. En la práctica, la directiva es el componente activo de los cuasimodistas y pertenecen a ellas, los «más reconocidos» por sus pares. La

organización tiene una cifra de 80 socios activos, llegando a más de 300 el día de Cuasimodo.

Es probable que los cuasimodistas sean los más interesados en mantener la celebración como una tradición íntimamente ligada con la historia de la comuna y de sus propias familias. Para ellos, la fiesta de Cuasimodo es la oportunidad de hacerse públicamente visibles, salir del anonimato cotidiano para instalarse ante los ojos del resto de los habitantes como personajes reconocibles, especiales, portadores de una fé. De esta lógica proviene la importancia que otorgan a la correcta presentación y, especialmente, al dominio del caballo, siendo el protagonismo de los jinetes y la demostración de habilidades ecuestres componentes importantes del orgullo e identidad de los cuasimodistas.

d) Municipio

Por último, es necesario precisar el rol que cumple la Municipalidad de Pudahuel. A través de distintos departamentos y unidades municipales (Alcaldía, cultura, comunicaciones, SECPLAN) se establecen las coordinaciones y los aportes materiales necesarios. La entrega de la colación, la contratación de la música y la entrega de algún reconocimiento, forman parte de las contribuciones efectuadas a la fiesta.

Para el Municipio, la fiesta es funcional principalmente en dos aspectos. Primero, como estrategia política, los cuasimodistas, sus familias e incluso amistades representan una atractiva masa de votantes. También, la influencia puede extrapolarse a la totalidad de los habitantes de Pudahuel, en la medida que la colaboración de las autoridades comunales es percibida como sinónimo de interés y apoyo hacia las personas en una dimensión en la que no se espera, necesariamente, recibir ayuda.

El segundo aspecto, en que la fiesta de Cuasimodo resulta beneficiosa para la Municipalidad como fomento de una nueva identidad local que supere aquella imagen de Pudahuel como comuna periférica, pobre, contaminada, conflictiva e inundada en los inviernos. Los hechos del último 11 de septiembre y las repercusiones mediáticas, ilustran la opinión que se forma el resto de los santiaguinos con respecto a quienes viven en Pudahuel. Promover una festividad como Cuasimodo, destaca los rasgos de una cultura rural que aun permanecen latente en los vecinos y vecinas de la comuna.

5.- Dimensiones del proceso de patrimonio

Los conceptos mencionados (identidad, memoria y fiesta religiosa) se configuran como dimensiones a considerar en un proceso de patrimonialización. Es decir, si queremos comprender como se transforma una manifestación religiosa en un posible patrimonio intangible, deberíamos estar alerta al impacto en la identidad local y memoria colectiva que tal manifestación cultural provoca. A continuación, revisaremos la idea enunciada:

a) Identidad local

Quizás sea más difícil hablar de una identidad común y característica de los habitantes de Pudahuel –aproximadamente 200.000 personas-, pero es posible sostener que la fiesta de Cuasimodo es un referente cultural significativo para quienes participan en ella, desde las familias que reciben al sacerdote hasta quienes solo observan la procesión en las calles. Es decir, la festividad no se presenta como algo ajeno, foráneo, traído desde otro lugar sino que, por el contrario, se asocia con el pasado rural de la comuna, con las actividades agrícolas de los antiguos barranquinos y donde es posible mirar a los vecinos convertidos en diestros jinetes. Aunque no se trata de una tradición solo de Pudahuel sino de los sectores rurales de la zona central del país, la fiesta de Cuasimodo ha logrado un alto grado de identificación local en la medida que los cuasimodistas se sienten partícipes de una ceremonia que involucra a la comuna entera, cuando recorre sus calles.

Este punto resulta importante pues nuestra experiencia se desarrolla en un contexto claramente delimitado –una comuna- y por ende el concepto de identidad con el que trabajamos se remite directamente al espacio físico habitado. Pese a que «una identidad colectiva no es más que un artefacto cultural que existe como una comunidad imaginada en la mente de sus miembros» (Larraín, 2003:67), es posible –como en nuestro caso- enmarcarla en un territorio determinado ya que lo intangible de la experiencia identitaria es la pertenencia del individuo al colectivo, la subjetividad de ese vínculo.

La persistencia de la celebración se debe, en parte, a la existencia de elementos comunes en las personas participantes de la fiesta de Cuasimodo que los relacionan con la tradición del campo y las celebraciones rurales. En primer lugar, la mayoría de los cuasimodistas

son «nacidos y criados en la comuna», lo que significa que habitan en ella desde los tiempos en que todo el sector se denominaba Las Barrancas y conocieron los paisajes campestres que conformaban la localidad. En segundo lugar, se trata de personas que crecieron en familias ligadas a las actividades agrarias, portadoras de un conocimiento del mundo rural, especialmente reflejado en el cuidado de los caballos. El proceso de urbanización terminó con las grandes haciendas y, por extensión, las tierras dedicadas a la agricultura se vieron reducidas, situación que reorientó las labores de las personas que a ella se dedicaban. Sin embargo, la relación con la cultura campesina nunca se disolvió del todo ya que actualmente muchos cuasimodistas comparten la misma actividad laboral: vendedores de la Vega o de alguna feria libre. Las tareas propias de este trabajo –la recepción de las frutas y las verduras, su traslado, etc.- han mantenido vigentes cosas como el uso de caballos y carretones, elementos constituyente de la fiesta de Cuasimodo.

Además, Pudahuel conserva rasgos rurales e incluso posee un gran sector fuera de los límites urbanos, donde se encuentran las localidades como El Noviciado, Peralito, Campo Alegre, que aún conservan algunas características propias del campo y que hacen que la comuna adquiera una doble filiación; mitad urbana, mitad rural.

b) Memoria colectiva

Existe un episodio en la historia de los cuasimodistas de Pudahuel que habla de conflicto entre ellos y la parroquia San Luís Beltrán en la década de los setenta y que tuvo como resultado la prohibición de realizar la procesión, razón por la cual los cuasimodistas optaron por participar en la fiesta organizaba en la comuna de Quinta Normal. Esta situación quedó marcada en la memoria de los cuasimodistas, especialmente en los de más edad, y es recordada como la época en que estuvieron «exonerados» –u otros términos similares- dando a entender la importancia que tiene formar parte de la celebración, pero en Pudahuel. Lo anterior, se relaciona con el alto grado de permanencia en la comuna por parte de las nuevas generaciones, es decir, la gente más joven no suele migrar hacia otros sectores de Santiago una vez que han formado su propio hogar sino, por el contrario, permanecen cerca de la casa paterna lo que intensifica las relaciones de convivencia y permite la continua reproducción de la tradición al interior del núcleo familiar. Es relevante al con-

siderar que los relevos generacionales tienden a abandonar las costumbres antiguas, como algunas características de la fiesta de Cuasimodo, es decir, religiosas y rurales, para dar paso a formas de vida más laicas y urbanas.

Al tratarse de un festejo anual, su manifestación se actualiza cada año, generando nuevas impresiones y recuerdos asociados. En este caso, la construcción selectiva de la memoria de los participantes aflora al ser consultados por las transformaciones de la celebración a través del tiempo. Por una parte reconocen, aceptan y, en ocasiones, lamentan muchos de los cambios que ha experimentado la festividad; la disminución en el número de caballos, la reducción del circuito, la pérdida de algunas tradiciones –como la misa de campaña o la quema de Judas- relacionándolas, incluso, con otras transformaciones experimentadas por la comuna. Sin embargo, al momento de relacionar la festividad con los cambios socio-políticos, la celebración parece adquirir una atemporalidad que la mantuvo al margen de los acontecimientos que convulsionaron al país en las décadas pasadas. «La política y la religión no se mezclan» era la respuesta más común por parte de los cuasimodistas dando a entender que la fiesta se mantiene ajena a los vaivenes sociales.

Todo lo anterior, hace de la fiesta de Cuasimodo un gran potencial patrimonial ya que está fuertemente enraizada en la memoria colectiva de la gente incluso si no participan directamente en ella. Aunque no sigan la procesión, el sólo hecho de observarla pasar trae el recuerdo de un abuelo, de un padre o de un esposo que corrió alguna vez.

Es precisamente en el ejercicio de recordar, donde se encuentra el capital del patrimonio intangible ya que los conocimientos y experiencias de una sociedad que lentamente ha perdido sus raíces campesinas y vive un fuerte proceso de secularización, quedan suspendidos en las débiles redes de la memoria que no cuentan con ningún refuerzo más que el deseo de las personas por mantener parte de su historia personal viva. «El aspecto intangible de la cultura presenta una fragilidad peculiar, está sostenido por una delicada y sutil filigrana, análoga a la de un ecosistema en riesgo de perder su equilibrio» (Machuca, 1998:34).

c) Fiesta religiosa: dos visiones para una celebración

A través de la fiesta de Cuasimodo, es posible observar dos maneras de entender la celebración. Una corresponde a la visión y normativa de la Iglesia Católica

y la segunda, a la forma de festejar propia de la cultura campesina chilena y por consiguiente, de los cuasimodistas.

Es necesario considerar el origen rural de la fiesta de Cuasimodo pues fueron los solitarios caminos campesinos los que hicieron necesaria la presencia de personas que acompañaran al sacerdote para protegerlo de un eventual asalto. Este hecho marca profundamente la fiesta, porque determina las características de los primeros participantes: los hombres del campo chileno. Para la Iglesia Católica el habitante del agro siempre ha sido un sujeto de religiosidad especial, «A los campesinos se les considera ejemplo de virtudes heroicas, de profundidad de creencias, de firmeza en la fe, de adhesión a la Iglesia, de consagración al trabajo y de hondo sentido familiar», pero estos valores se encuentran amenazados por múltiples factores, entre los que se cuentan principalmente el éxodo a las ciudades» (Johansson, 2005:152). Por otra parte también, se trata de un catolicismo marcado por tradiciones que, según la ortodoxia católica, colindan con la magia y la superstición.

En ese mundo campesino, una fiesta se entiende como un espacio de socialización, esparcimiento y de cierta libertad de comportamiento. Así, aspectos como la comida y, en especial, la bebida se vuelven de suma importancia. Unido también a los ciclos agrícolas, donde el tiempo de la cosecha coincide con algunas celebraciones religiosas, hay motivos de sobra para celebrar la abundancia de la vida y de la tierra.

Por su parte, la perspectiva religiosa siempre ha puesto énfasis en la sobriedad que deben mantener las diferentes fechas del calendario católico. El respeto y el sentido cristiano son las palabras que definen las celebraciones de la iglesia, destacando el contenido de la celebración por sobre la forma.

En la celebración de Cuasimodo, las dos visiones convergen y en algunos puntos, se vuelven conflictivas. Por una parte, un énfasis en una «mirada festiva», provoca problemas en el respaldo que la Iglesia entrega. Mas aún, cuando recalca que el principal problema de los cuasimodistas, es la ausencia de formación cristiana y que el énfasis debe ser la «pastoral de Cuasimodo». Lo anterior es importante, ya que un eventual reconocimiento de la festividad como patrimonio, debe enfrentar la dicotomía observada. Los discursos distintos en torno a la fiesta y la elección de uno de ellos, provocarían la imposición de uno sobre el otro, generando un conflicto entre los principales actores de la celebración.

6.- Epílogo: ***El futuro de Cuasimodo***

Para finalizar, queremos exponer algunas hipótesis sobre el futuro de Cuasimodo situándonos en tres escenarios posibles, uno de los cuales asume la materialización del conjunto de iniciativas incluidas en el documento «Propuestas de Perfeccionamiento de políticas, instrumentos e institucionalidad patrimonial», elaborado por Comisión de institucionalidad patrimonial en abril del año 2007.

a.- Mantención de las condiciones actuales

Si las condiciones se mantienen tal como han sido hasta ahora, la fiesta de Cuasimodo seguirá celebrándose impulsada principalmente por los propios cuasimodistas, con un apoyo parcial de agentes como el Municipio y la Iglesia. El respaldo, cimentado en voluntades individuales, no compromete el apoyo permanente de las autoridades comunales, y más aun cuando se carece de una institucionalidad que oriente y promueva las manifestaciones culturales intangibles. Tampoco la parroquia tiene la «obligación» apoyar la festividad, pues los cuasimodistas reivindican constantemente su autonomía con respecto a la parroquia.

En este escenario, la ausencia de una institucionalidad impide elaborar políticas más concretas respecto a la protección, investigación y difusión de manifestaciones culturales intangibles. La continuidad de la celebración radica, entonces, en solo el entusiasmo de los participantes. La escasez de recursos económicos impide financiar ideas tendientes a poner en valor el patrimonio intangible, especialmente cuando el «costo» de realizar la celebración es cubierto casi exclusivamente por los participantes.

b.- Institucionalización del patrimonio inmaterial: Declaración especial de carácter nacional de la fiesta de Cuasimodo

Si la nueva institucionalidad incorpora las iniciativas referidas al patrimonio intangible⁷, existirían las herramientas e instrumentos para facilitar el apoyo a las manifestaciones que fuesen consideradas bienes patrimoniales intangibles. Un escenario optimista, permitiría participar en los registros del patrimonio inmaterial y por consiguiente, obtener la declaración especial de

protección, conseguir el financiamiento para colaborar en el mantenimiento y mejoramiento del soporte material de la festividad (coche, caballos, carretones, etc.) y mejorar el estatus en cada etapa de la celebración de Cuasimodo.

En ese contexto alentador -y una vez superada la inexistencia de una institucionalidad-, se vuelve importante generar un mercado y un público interesado en temas patrimoniales. La demanda ciudadana, hoy concentrada en tópicos de seguridad y transporte público, debería ampliarse hacia otros ámbitos. Si duda el turismo -con ciertas precauciones- activa procesos económicos y, en muchos casos, retorno de recursos invertidos..

c.- Eventual desaparición de la fiesta de Cuasimodo

Una tercera alternativa, la más pesimista, es el empeoramiento de situación actual. Sin la institucionalidad adecuada y retirado el apoyo de la municipalidad y la iglesia, los cuasimodistas deberían redoblar los esfuerzos por mantener viva la fiesta. Si el cambio generacional no se produce, no existirán nuevos integrantes que mantengan la tradición y como una consecuencia lógica, aumentaría el desinterés de los habitantes de Pudahuel.

Ante el triste panorama, el trabajo a realizar es el registro actual de la festividad con el objetivo de contar a las futuras generaciones que existió una celebración llamada Cuasimodo, que cada domingo después de Pascua de Resurrección, salía a visitar a los enfermos de la comunidad local.

Notas

¹ Con el concepto de secularización nos referimos al proceso mediante el cual una sociedad abandona una serie de conductas y normas influenciadas por la religión reemplazándolas por una matriz de pensamiento laico o secular guiada. Lo anterior lleva a una apertura tanto de las formas de pensar y como de los espacios de conocimiento, surgiendo nuevos comportamientos e instituciones alejadas del ámbito de lo espiritual.

² «Encarpar caballos» corresponde a cierta práctica que permitía «envolver» totalmente al caballo con una capa o tela de vistosos colores.

³ Para el británico, el término supervivencias es definido como «...procesos, costumbres, opiniones, etc., que se han llevado por la fuerza del hábito a un nuevo estado de sociedad diferente al que tenían en su hogar original, y así permanecen como pruebas y ejemplos de una condición antigua de la cultura de la cual ha surgido una nueva.» (Tylor: 1993 [1871]: 73)

⁴ Recordemos que en su reciente visita al Vaticano, la presidenta Michelle Bachelet obsequió al Papa Benedicto XVI una reproducción de la fiesta de Cuasimodo fabricada por artesanos de Talagante en la que se apreciaba un coche tirado por caballos junto a los pequeñas figuras de cuasimodistas vistiendo sus atuendos tradicionales, demostrando de esta forma que la festividad es un referente de religiosidad popular importante.

⁵ «Así pues, podemos hablar de procesos de patrimonialización, es decir, procesos mediante los cuales se produce un acuerdo más o menos generalizado para incorporar en el acervo patrimonial de una comunidad un conjunto o una tipología nueva de bienes» Véase, Patrimonio etnológico, cultura y memoria, Carles García, <http://www.pliegosdeopinion.net/pdo4/dossier/Carles%20Garcia.htm>

⁶ Las pastorales son la forma interna en que se organiza una iglesia, parroquia o capilla para ordenar y entregar los distintos servicios que ofrece, básicamente los sacramentos que entrega el sacerdote. Así, existe la pastoral bautismal, matrimonial, de los enfermos, la catequesis, entre otras

⁷ En el Capítulo XVIII Patrimonio Inmaterial o intangible de texto «Propuestas de Perfeccionamiento de políticas, instrumentos e institucionalidad patrimonial», se establecen un conjunto de recomendación y propuestas para enfrentar la materia. Entre ellas destacamos: dar un estatus relevante a las manifestaciones culturales intangibles de los pueblos originarios, dar un estatus relevante a las manifestaciones culturales intangibles del pueblo de Chile, crear un sistema de protección y difusión de la artesanía chilena, promover el estudio del patrimonio intangible y asegurar su difusión, impulsar el registro del patrimonio inmaterial y organizar un sistema de registro del patrimonio inmaterial, establecer un tipo de declaración especial de protección de determinadas manifestaciones relevantes del patrimonio intangible.

Bibliografía

ARANTES, Antonio. 2004. «El patrimonio intangible y la sustentabilidad de su salvaguardia». En: *Instantáneas locales: VI Seminario sobre patrimonio cultural*. Santiago de Chile. 6-14

ASTABURUAGA, Francisco. 1899. *Diccionario geográfico de la Republica de Chile*. Santiago.

BENEDETTI, Cecilia. 2004. «Antropología social y patrimonio». *Antropología de la cultura y el patrimonio*. Ed. Rotman, Mónica. 15-26

CRUZ DE AMENÁBAR, Isabel. 1996. «Lo sagrado como raíz de la fiesta». En: *Revista Humanitas* N° 2: 410-416.

GARCÍA, Carles. 2006. *Patrimonio etnológico, cultura y memoria*. <http://www.pliegosdeopinion.net/pdo4/dossier/Carles%20Garcia.htm>, visitado el 16 de octubre de 2007.

GÓMEZ DE SILVA, Guido. 2004. *Breve diccionario etimológico de la lengua española*.

JOHANSSON FRIEDMAN, Cristián. 2005. «Piedad popular en América Latina y documentos eclesiales». En: *Pastor de encuentro. 31 años en el Ministerio de la piedad popular. Homenaje al P. Raúl Feres Shalup*. Comisión Nacional de Santuarios y Piedad Popular, Conferencia Episcopal, Chile.

MACHUCA, Jesús Antonio. 1998. «Percepciones de la cultura en la posmodernidad» En: *Revista Alteridades*. 8:27-41

PAZ, Octavio. 1999. *El laberinto de la soledad*. 3° Edición. México, Fondo de cultura económica.

PEREIRA, Teresa. 2001. *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*. Santiago, Fundación Mario Góngora.

PRADO, Juan Guillermo. 1991. *Cuasimodo, carga de caballería a lo divino*. Santiago, Ediciones San Pablo. 70.

PRATS LLORENS. 2004. *Antropología y patrimonio*. Editorial Ariel Patrimonio. Barcelona.

REVISTA ZIG-ZAG.1932.

RODRÍGUEZ-BECERRA, Salvador. 1999. *Fiestas y antropología. Aproximación metodológica desde Andalucía (España)*. Universidad de Sevilla

ROMERO, Luis Alberto. 1997. *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

SARMIENTO, Faustino Domingo. 1961[1842]. *Chile: descripciones, viajes, episodios, costumbres*. Buenos Aires, Editorial Universitaria.

SCHULTZ, Uwe.1993. *La fiesta. Una historia cultural desde la antigüedad hasta nuestros días*. Madrid, Alianza Editorial.

SEVILLA, Amparo y PORTAL, Ana María. 2005. «Las fiestas en el ámbito urbano». *La antropología urbana en México*. Ed. García Canclini, Néstor. Ciudad de México, Fondo de cultura económica. 381-394

TYLOR, Edward. 1993 [1871]. «Cultura primitiva». *Antropología Lecturas*. Ed. Bohannon, Paul y Glazer, Mark. 2° Edición. México, Mc Graw-Hill. 61-78

UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura). 2003. *Convención para la salvaguardia del patrimonio inmaterial*. <<http://www.unesco.org/culture/ich/index.php?pg=00006>>, visitado el 25 de septiembre de 2007.